

Uno de los aspectos más desagradables que han impregnado la historia de la sociedad española después de la dictadura ha sido la permisividad y tolerancia hacia los asesinatos de ETA. En cualquier nación del mundo sometida a esta sangría, la sociedad hubiera reaccionado unida en contra de esa prolongada salvajada. El problema no es que un partido político rentabilice la situación, el drama es que incomprensiblemente ese partido está solo, mientras la izquierda y el resto de las fuerzas nacionalistas o bien justifican o bien se callan o bien atacan a quienes atacan a ETA, como es el caso del par de lectores de ayer.

Si los 934 asesinatos de hombres, mujeres, niños, hubiesen sido causados por extremistas de extrema derecha; falangistas, camadas negras o fascistas de derecha, hace ya muchos, muchos años que esos asesinos habrían sido eliminados por la sociedad. Esa cruel e incomprensible fascinación que los asesinos de ETA ejercen sobre muchos intelectuales, cantantes, artistas, políticos, periodistas, medios de comunicación social que se mueven en los círculos de la izquierda, es la causa de la pervivencia del fenómeno terrorista.

La cuestión es que desde la instauración de la democracia y a excepción de los 5 asesinados en la matanza de Atocha, los asesinatos políticos han sido siempre causados y luego justificados por la extrema izquierda. La izquierda abertzale (ETA), el GRAPO, TERRA LLIURE.

Y esa responsabilidad por la pura acción, por la omisión, por la comprensión, por la desviación, por la justificación de que algunos asesinados por ETA se lo merecían, es algo que me produce una profunda repugnancia porque la historia universal de la infamia no puede tener distinta tolerancia en virtud de si resulta cercano o lejano a una particular ideología política. Lo contrario es la pura tiranía, la justificación de la muerte porque destruye lo que odio, o bien la legalización del linchamiento.

En este estado cainita, una mayoría de dedos pulsaron el botón de la justificación hacia ETA y una mayoría de plumas atacan, insultan y desprecian a quienes creemos en la dignidad del ser humano a secas, sin etiquetas políticas que lo inmunicen o lo conviertan en víctima justificable.